

EL DÍA DE LOS SANTOS QUEDA LEJOS

Catalunya ha vivido este último año en medio de un ruido estruendoso provocado por la prioridad que se atribuyó a la discusión del Estatut y la magnificación de los errores y peripecias del tripartito. Esa etapa ha finalizado y, ante la convocatoria de elecciones, es hora de un debate templado.

Es un acierto de Montilla anunciar que hablará más de los catalanes que de Catalunya. Y lo es, porque ésta no constituye una entidad orgánica, sino una sociedad plural en la que existen y conviven en paz una gran variedad de intereses y puntos de vista. Sin ir más lejos, sobre un concepto tan delicado como el de nación, la sociedad catalana aparece dividida en dos mitades, prácticamente iguales, la de aquellos a los que agrada y la de aquellos a los que molesta esa definición. Y, lo que es más, el país se divide en tres grupos de semejante volumen a la hora de estipular si es una nación, una región singular o una región como todas las demás.

Hablemos, pues, de los catalanes. Como el resto de los españoles, perciben un ligero, muy ligero, declive de la situación económica con predominio, sin embargo de una visión favorable. A diferencia de ellos, perciben una ligera mejoría de la atmósfera política. Se dividen a la hora de valorar la gestión actual del tripartito y del propio Maragall, consideradas en ambos casos como regular, pero con predominio de las calificaciones positivas sobre las negativas. La evolución de las valoraciones de ambos muestran una curva en forma de montaña rusa con subidas y bajadas espectaculares que ponen de relieve la sensibilidad de los catalanes ante aciertos y errores de sus gobernantes.

No cabe duda de que Maragall y su gobierno cometieron errores de importancia durante esta legislatura y que el ruido en torno al Estatut ha ensombrecido tanto su relativa estabilidad y duración, superiores a la de la mayoría de los gobiernos de coalición europeos en los últimos 25 años, como sus indiscutibles avances en algunas cuestiones clave, como el saneamiento financiero, la rehabilitación de barrios, el pacto por la educación o el esfuerzo por incrementar el número de centros penitenciarios que han recibido menor atención en los medios, pero

que, en ningún caso, han pasado desapercibidos y eso explica probablemente la división de opiniones respecto a la convocatoria de elecciones anticipadas. Una tercera parte la considera necesaria y una cuarta parte conveniente, pero cuatro de cada diez catalanes estiman que se debería haber agotado la legislatura.

La división de opiniones afecta también al balance global sobre la gestión del tripartito, pero aquí de forma más marcada. Algo más de dos quintas partes de la población la enjuicia favorablemente y algo menos de esa misma proporción lo hace de forma desfavorable mientras una cuarta parte la califica como regular. En este punto, como es lógico, los más son los electorados de CiU y, sobre todo, del PP y los más benévolo los seguidores de los partidos que integraban la coalición, en especial, los de ERC. Entre los del PSC se observan, en cambio, algunas reservas. No llegan a la mitad del total los que hacen balance positivo frente a tres de cada diez que lo hacen negativo.

De cara al futuro las posiciones son más claras. Una cuarta parte cree que es posible reeditararlo frente a otra que lo cree imposible y algo menos de la mitad lo cree posible pero improbable. Pero lo que, realmente, divide a los catalanes es el juicio que les merecería la resurrección del tripartito después de las elecciones. ¿Sería bueno, malo o regular para Catalunya? Como era de esperar, los electorados de CiU y PP se manifiestan mayoritariamente en contra, como lo hacen algo más de un tercio de los votantes de ERC e ICV aunque entre ellos prevalezca una mayoría favorable. Más matizada es la respuesta del electorado PSC que se divide en dos mitades de idéntico tamaño.

Las elecciones autonómicas serán esta vez casi excepcionales porque dejan atrás el debate sobre el Estatut, por más que ERC se empeñe en mantenerlo abierto, abren una nueva etapa con un nuevo candidato al frente del PSC, resultados inciertos y variadas experiencias de gobierno que, sin duda, operarán como factores de movilización a favor de unos y otros. La lógica de las elecciones excepcionales permitiría esperar tasas de participación superiores a las normales, pero la pauta abstencionista de algunos sectores del electorado en este tipo de consultas obliga a moderar esas expectativas.

Es pronto para hacer pronósticos, pero no para comparar los factores que pueden incidir en el resultado. Los tres más clásicos son los programas, la marca y el candidato. La situación a día de hoy es muy abierta. Tres cuartas partes de los catalanes han avalado la decisión de Maragall de no volver a presentarse y eso refuerza la imagen de marca de su partido, ya de por sí muy sólida, pero suscita algunas dudas sobre la competitividad del nuevo candidato del PSC, José Montilla. Una gran mayoría cree que posee menos que Maragall y cuando se le compara con Mas, este presenta un perfil más favorable y la mayoría cree que la pugna entre ambos líderes será favorable al de CiU. Le ocurre ahora a Montilla lo que le pasaba a Mas cuando sustituyó a Pujol. Es menos conocido y peor valorado. No obstante, a juicio de los entrevistados Montilla supera a su adversario en honradez, una de las cualidades más apreciadas por los ciudadanos en los políticos, cuando se pregunta qué candidato preferiría que ganase el líder convergente solo aventaja al socialista en tres puntos, mientras y, cuando esa misma pregunta se refiere al partido, la situación se invierte.

Antes de que suene el pistoletazo de salida para la campaña la situación entre PSC y CiU está muy nivelada aunque con alguna ventaja para ésta. Ambos se benefician, aunque no en igual medida, del retroceso de ERC y PP, mientras ICV avanza ligeramente. Habrá, pues, que esperar. CiU cuenta con una carta importante. Sólo un tercio de los catalanes preferirían una coalición como la del tripartito en caso de que ningún partido tuviera la mayoría suficiente para gobernar, dos terceras partes preferirían la coalición socio-convergente y una abrumadora mayoría que forme gobierno el candidato que obtenga más escaños. Montilla también tiene las suyas. Hoy por hoy es una incógnita para muchos catalanes. Si la despeja favorablemente puede tener un largo recorrido. Y si se centra en los catalanes, como ha dicho, más que en Catalunya podría penetrar y movilizar el voto de los sectores de su partido que tienden a abstenerse en elecciones autonómicas. La sólida imagen de Zapatero en el Principado podría ser una ayuda adicional. Ya se verá el día de los Santos.

JULIÁN SANTAMARÍA OSSORIO

Catedrático de Ciencia Política en la UCM y presidente del Instituto Noxa Consulting